

## TRACTATUS AD LAUDEM GLORIOSAE V. MATRIS.

702 6 Sílabas llenas de sacramentos celestiales, con boca impura, me interrumpen el amor y la vergüenza, porque soy un hombre de labios impuros (Isa. VI, 5), tengo un corazón inmundo, una lengua manchada por la polilla de la corrupción. La conciencia enferma es corroída por la polilla como venganza de la corrupción. Por lo tanto, al hablar de esta salutación, no solo confieso la debilidad del discurso, sino también el silencio. Un fuego ha caído sobre mí, de modo que no puedo ver este sol en el rayo, más bien el rayo del que procede el verdadero sol. Creo que las sílabas de esta salutación, llenas de sacramentos celestiales, fueron tomadas de aquel libro que Isaías vio sellado, que si se da a quien sabe o no sabe letras, ninguno podrá leer (Isa. XXIX, 11). Esta es la Reina de los cielos, de quien intentamos hablar, pero el hecho de que sea madre de misericordia aterra; consuela aquello, pero porque la madre de misericordia se ha hecho puerta del Cielo para los pecadores, la confianza en la misericordia presume lo que la altura de la misericordia disuade. Sé ciertamente que mis dientes están rotos en número. Sé con certeza que no hay alabanza espléndida en la boca del pecador, y aunque no me atreví a cantar el salmo, para que el tambor suene, como bronce que resuena o címbalo que retiñe (I Cor. XIII, 1), pero aunque la voz disuene de la vida, sé sin embargo que la palabra sobre la reina es más gloriosa desde la altura. Digamos entonces: Ave, María, llena de gracia (Luc. I, 28).

Oh nueva, oh celestialmente unguida con néctar. Oh salutación verdaderamente digna de ser proclamada: Levántate, aquilón, y ven, austro (Cant. IV, 16) sopla sobre nosotros las sílabas de esta salutación en dulzura, para que fluyan sus aromas. En esta salutación cada sílaba huele a paraíso, porque estas palabras son verdaderamente endulzadas con miel celestial, y porque proceden del trono en este valle de lágrimas, apenas habitan las casas de barro comprensibles para los hijos de Eva. Nardo con azafrán, y azafrán con nardo, caña, y canela, mirra, y áloe, con todos los árboles del Líbano (Cant. IV, 14). En la salutación, con mutua dulzura, respiran el brillo gramatical de las palabras, el titubeo dialéctico, el adorno retórico, y estas palabras asombran porque la maravillosa salutación procedente del trono tiene lámparas resplandecientes, para que ilumine y contemple la lámpara del pecho. Esta salutación está escrita con el dedo de Dios en el santuario de la Trinidad, cuando en el consistorio del palacio celestial tomó origen de la anotación de la majestad, fue delegada a uno de los más fuertes del palacio para ser llevada. Gabriel, de hecho, se interpreta en hebreo como la fortaleza de Dios. Se envía a Gabriel el arcángel, y sale del Rey a la reina, del Emperador a la emperatriz, de los ciudadanos del cielo a la copropietaria del palacio. Entra a la Virgen elegida del rey, y quizás más alegremente, para que cuando los ángeles tuvieran primero al Rey, también tuvieran a la reina, y para que, para suplir la ruina del orden angélico, los pecadores entraran en el camino del paraíso, la madre de misericordia, la reina de los ángeles, se convirtiera en la puerta del Cielo. Entonces el ángel entró: Ave, dijo, llena de gracia, el Señor está contigo. Es agradable contemplar, es agradable abrazar, es agradable admirar en esta salutación los títulos radiantes de nuestra emperatriz en el diadema, y contemplar sus gemas. Examina las sílabas de esta altísima salutación, y encontrarás en el sello de nuestra emperatriz, como caracteres de gracia espiritual impresos en el anillo de autoridad. Me parece ver en este sello como cuatro gemas de luz poderosísima brillando con mutua resplandor. La primera de ellas es Llena de gracia, la segunda El Señor está contigo, la tercera bendita tú entre las mujeres, la cuarta bendito el fruto de tu vientre. De las cuales tres las trajo Gabriel del cielo, la cuarta la expresó el Espíritu Santo por boca de Isabel profetizando. Sin embargo, sobre estas cuatro, como en la frente del sello, sobresale el nombre estelar de la Virgen, a saber, estrella del mar, porque a los que siguen en la luz mortal les devuelve los rayos de la luz interior. Esta estrella del mar está situada sobre el profundo

turbulento de este mundo, para que proteja de los escollos, rescate de las olas, defienda de los piratas, conduzca al puerto. Cuántos y cuán grandes son los peligros de este mar tan impacible, todos los hijos de Eva gimen, quienes suspiran por las recompensas, o deploran el exilio. Toda la vida presente es una tentación, de la cual es vencido quien no teme ser vencido. En este mar grande y espacioso hay tantos reptiles como vicios, tantos naufragios como excesos. Oh alma fiel, en todo tu naufragio levanta los ojos al rayo de esta esplendidísima estrella. Mira la estrella, invoca a María. Fija la mirada de la mente en esta serenísima luz. Si caes, te levantarás. Si te hundes, te elevarás. Si pides, recibirás. Si vas, escaparás. ¿No fue por la espléndida contemplación de esta esplendidísima estrella que Teófilo, envuelto, emergió del profundo de la condenación eterna? ¿No fue por la contemplación de esta serenísima claridad que Basilio, escuchado en sus oraciones, recibió consuelo? Esta estrella del mar adorna los cielos, ilumina las tierras, ilumina el mar, penetra el abismo. Oh remedio singular para todos, que tanto por causa del origen como de la condenación llevaban a Eva como madre, que arrojados a estas tinieblas exteriores, inferiores, se encuentran con la claridad de tan gran estrella después de la sombra de tan gran muerte. Esta estrella, si la miras con ojos enfermos, sana, si estás progresando, fortalece. Esta estrella tiene verdaderamente rayos medicinales, que ahuyentan las tinieblas, queman los vicios, aumentan las virtudes, y cuanto más la miras, más ilumina. Esta estrella, si estás en el profundo, mírala; si nunca la has visto, obsérvala; si te has desviado, vuelve a mirarla; si deseas ser más iluminado, mírala. Esta estrella te libera del profundo, muestra el camino, más bien te lleva al puerto sin peligro.

Señor Jesucristo, sol de luz eterna, que quisiste que tu madre fuera estrella del mar, por esa estrella, te ruego, ilumina mis tinieblas. Esta estrella del mar tiene rayos admirables para los cielos, terribles para los infiernos, saludables para las tierras. Esta brillantísima estrella es admirada y alabada por las estrellas matutinas, y todos los hijos de Dios se regocijan. Creo que ante la novedad de esta estrella toda la multitud fraterna proclama: ¿Quién es esta que sube? (Cant. III, 6), y es terrible, y en las puertas del infierno por la excelencia de las virtudes que sobresale. Terrible para el judío, terrible para el maniqueo por la fecundidad inaudita. Terrible, digo, para los herejes, que en el hijo de la Virgen confunden la naturaleza o la persona. Terrible ciertamente para todos, que con conjeturas naturales sobre el parto de la Virgen atacan y corroen el misterio celestial con argumentación terrena. Ante este rayo celestial el judío parpadea, el hereje se aturde, el cristiano se ilumina. La luz que deleita los ojos sanos, ofende a los enfermos.

702 7 Pero a ti, oh alma fiel, el rayo de esta estrella ilumina la agudeza de la mente, y disipa la ceguera. Esta es en verdad llena de gracia. Llena, digo, de dulzura, llena de toda suavidad. Porque el inventor de todas las gracias, el distribuidor de los carismas, el Paráclito en el regazo de toda la Trinidad la preparó como un palacio real con un ornato admirable. Porque la sabiduría de Dios edificó para sí una casa en ella, y con obra espiritual erigió en ella siete columnas, mientras la Virgen lo llevaba en su vientre, en el cual habitó corporalmente toda la belleza de la divinidad. Si los vasos de perfumes conservan durante mucho tiempo la fragancia de los aromas, y retienen durante mucho tiempo el olor que recibieron antes, cuánto más la despensa de todas las gracias, en la que el perfumista celestial se colocó con todos sus ungüentos, y se recostó con todas sus delicias, el Nardo de la Virgen dio su olor (Cant. I, 11), y atrajo al rey del regazo de la gloria, y la plenitud de los ángeles llenó el santuario del aula virginal. Oh inviolable lirio de castidad! Beatísima Virgen María, tú eres el templo vivo del Dios vivo, el santuario del Espíritu Santo, la despensa de perfumes, la cámara del Esposo, el reclinatorio dorado del vivo Salomón, el lecho de las bodas celestiales, el conjunto de aromas, el paraíso de todas las delicias. Tú llena de gracia, de la cual nos emanó plena gracia,

que el Padre con el Hijo nos dio todo, y con razón eres más plena que las demás, porque el Señor está contigo en el corazón, contigo en el vientre, contigo en la obra, contigo en la palabra; contigo, para santificarte, contigo, para conservarte, contigo, para habitar en ti, contigo, para hacerte madre de hija, reina de sierva, cielo de tierra. El Señor está contigo, quien me envió, el Señor está contigo, quien habla en mí, el Señor está contigo, quien me precedió. Bajo aquel que envió, corría el ángel, pero precedió las mentes, porque su palabra corrió rápidamente. Dios, de hecho, está en toda criatura, de alguna manera lo significa en la proposición, cuando se dice que estuvo en María virgen. En los profetas y apóstoles estuvo por la gracia que habita, pero de manera muy diferente en la Virgen, que se convirtió en el habitáculo de la gracia del habitante, y en ambas naturalezas ofreció al Verbo de Dios un hospedaje inviolado. El Señor está contigo el Padre con el Hijo, el Señor está contigo el Hijo con el Paráclito, obra indivisa de la Trinidad. Y por eso Bendita tú entre las mujeres, que eres de mérito singular, Bendita tú entre las mujeres, que eres mujer salvadora, Bendita tú entre las mujeres, que eres madre y virgen. Oh verdaderamente bendita entre las mujeres! Oh bendita sobre todas las benditas elegida! Oh verdaderamente elegida sobre todas las elegidas única! Oh verdaderamente gema inestimable producida del tesoro de la sabiduría celestial, y adornada inseparablemente por la obra de toda la Trinidad! Oh madre, y gloria de las madres! Oh singular parturienta, de cuyo parto se asombra la fe romana, la naturaleza se maravilla, la costumbre huye. Ambas cosas están por encima de la razón; creer ambas es mérito de fe: y que la madre es virgen, y que Dios es hombre. Madre Eva, madre del dolor, que primero condenaste a tus hijos antes de parirlos, abraza con todas las hijas los pies de esta nueva madre, porque ella quita la antigua amargura, quita el oprobio, rescinde el documento de condenación, borra la proscripción.

Oh Virgen, vara noble, vara de Jesé, por la cual en la rama se fortaleció lo que se perdió en la raíz. Raíz de amargura Eva, raíz de dulzura eterna María. Esta es la admirable y profundísima dispensadora de sabiduría, que tal vara nacerá de tal raíz, tal hija de tal madre, tal libre de tal proscrita, tal emperatriz de tal cautiva, tan floreciente rosa de tan seca espina! Tu madre apenas tuvo inocencia, y la perdió. Apenas se mantuvo, y cayó. Aún no había dado a luz, y condenó a los que nacerían. Pero la beatísima virgen María, contra el veneno letal de la persuasión, se convirtió en un antídoto real, para que de su vientre preparara el secreto de la medicina celestial. Tú eres verdaderamente bendita entre las mujeres, porque eres una maravillosa medicina, el adorno de las vírgenes, el espejo de la inocencia, el ejemplo de la castidad, la forma de la integridad, para que las vírgenes sean llevadas al rey; la primera virgen madre les sirve, y sus más cercanas después de ella traen alegría y exultación. Si las hijas del rey en la exultación, en el honor del esposo, si las hijas de Tiro entran (Sal. XLIV, 13) a las bodas, cuánto más tú Virgen, madre del Esposo, reina de las vírgenes en vestidura dorada rodeada de variedad (Ibid., 10), adornas todos los coros de los espíritus celestiales. Tú eres, por lo tanto, el ornamento de la corte celestial, el asombro de los ángeles; todo un milagro, todo un nuevo inestimable. Tú eres el camino corto al cielo, la prenda de la fe, el arca de la esperanza en los corazones de los fieles. Tú eres entre Dios y el hombre el tabernáculo vivo del pacto vivo. Tú eres el propiciatorio, que no solo cubre a los querubines, sino también el santo de los santos de toda la Trinidad. Por lo tanto, verdaderamente Bendita tú entre las mujeres, porque bendito es tu nombre. Bendita tu maternidad, benditas tus palabras, bendita tu castidad, bendita tu humildad, bendita tu plenitud, bendita tu integridad. Y de ahí justamente, que Bendito el fruto de tu vientre. Fruto de vida, más bien vida de vida, aromatizando todas las delicias del paraíso bajo la esencia de tanta dulzura. El olor de este fruto atrae al hombre de la tierra a la patria. El ángel en la patria se sacia. El olor de este fruto no es, como Jacob, olor de campo lleno (Gen. XXVII, 27), sino plenitud de bien común embriagando plenamente, saciando plenamente, no decayendo con el tiempo porque las

delicias están a su derecha hasta el fin (Sal. XV, 11). En este fruto de tu vientre se abraza el alma, porque el árbol de la vida del paraíso trasplantado al valle, e injertado con el precioso hilo del brote de bálsamo, donde la nobleza del dulce árbol interior devuelve su olor con una cierta dulzura gemela.

702 8 Tú eres, por lo tanto, el hilo de bálsamo de olor precioso, oh bienaventurada Virgen, más bien como el árbol de la vida, el Verbo del Padre en tu vientre. Cuando aquella feliz pecadora derramaba unguento sobre los pies de Jesús, la casa se llenó del olor del unguento (Luc. VII, 38; Juan XII, 3). Cuánto más la casa del pecho casto devuelve su olor impregnado de los crismas de todas las gracias por la iluminación del Espíritu Santo. Unguento derramado es tu nombre, Virgen María (Cant. I, 2). Unguento es el nombre del Esposo, que nació de ti. Atráenos tras de ti, para que corramos en el olor de tu vientre, porque los jóvenes que aman al Esposo te aman a ti. Haznos entrar a las bodas del Esposo donde beben los amigos, y se embriagan de luz, se sacian de los misterios de las figuras, a saber, para que la página, donde la novedad del parto virginal tantos signos precedentes designaron, como la visión de Moisés en la zarza ardiente (Éxod. III); Aarón venera en la vara seca las flores de un sacramento. Gedeón se asombra en la tierra seca, como en Madián (Juec. VII). En la puerta de Ezequiel se maravilla cerrada el paso del rey solo (Ezeq. XLIV, 2). También Salomón hizo un trono de marfil, que vistió con oro purísimo, señalando con su castidad y caridad el privilegio de su Madre virgen. Pero las figuras precedentes, como estrellas menores, con los resplandecientes rayos de este día de salutación el ángel Gabriel lo ilustra más plenamente diciendo: Ave, llena de gracia, el Señor está contigo. Hermosa y dulce te has hecho en tus delicias, santa Madre de Dios, porque todo aspira a tus unguentos todo lo que tiene el jardín de olor, o el tesoro de delicias espirituales en la cámara, y en los jardines de aromas. Oh Virgen bendita, y única entre las benditas, en el tálamo de tu inmaculada castidad se ordenaron los sacramentos de nuestra redención. Tú eres la alabanza y el adorno del género humano, la abogada de la paz, y del hombre en la tierra, el milagro de los ángeles, el ornamento de la naturaleza, la lámpara del sol, más bien el sol del sol Tabernáculo iluminando maravillosamente desde los montes eternos.

De ti inefablemente ascendió la luz en la vasija de nuestra carne, para que la sabiduría celestial devolviera la dracma perdida durante mucho tiempo a los coros de los ángeles. En segundo lugar, cuando a ti, serenísima Virgen, el sol vivo te inunda con tantos rayos de gracia, que no solo en el polo septentrional, sino también en todo el mundo iluminando el cielo y la tierra resplandeces estrella del mar, y que ministrando tú la luz de la divinidad en la vasija de nuestra carne por la invención de la dracma décima esto se aumentó a los ángeles, para que no solo tuviera gozo de las cosas celestiales, sino que también en la conversión de los pecadores encontrara una materia más amplia de gozo en la tierra. Oh clementísima Virgen María, quien te creó, reina en ti, y en su figura corporalmente habitar el alfarero no se desdeña. Por lo cual el monte Sion dirá con alegría: Hombre, y hombre ha nacido en ella, y el Altísimo la ha fundado, y como la morada de todos los que se alegran está en ti, santa Madre de Dios. Por lo tanto, nos regocijaremos, y nos alegraremos en ti recordando tus pechos. Tus unguentos son mejores, Sion, que todos los aromas. Muchas hijas han reunido riquezas, tú has superado a todas (Sal. LXXXVI). Porque, por lo tanto, se dice congruentemente, que a ti orando nada puede ser negado, haz que seamos introducidos contigo en la bodega del vino, donde el rey ordenó en ti su amor, donde Juan el evangelista fue delegado como guardián para ti, y donde Gabriel el paranymphe admira tu plenitud, donde entre las teofanías de la milicia celestial los coros de vírgenes te siguen como reina, donde la verdadera estrella del mar como teniendo el mismo círculo que el sol, donde eres luz sin eclipse, donde hay inmortal caridad entre ti y el Hijo. Donde se han dicho cosas gloriosas de ti, ciudad de Dios

(Sal. LXXXVI, 3), Madre de Dios, sede de toda gracia, lámpara de la luz eterna. Si los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Sap. III, 7), cuánto más tú, que trajiste la luz de la luz, la luz del Padre de las luces, la luz de todas las estrellas. Oh serenísima estrella del mar, mira por mí pecador, ruega suplicante a tu sol, para que pueda ver esta estrella con su sol entre las especulaciones angélicas de los que contemplan tanta claridad. Dios mío, ilumina mis tinieblas. Oh bienaventurada Virgen, descendiendo en ti el Hijo de Dios la piedad cristiana lo abraza con los brazos de la fe sincera, que todo lo que en otras madres la naturaleza refiere como débil, todo en ti pasó a sacramento, para que el secreto inestimable de la generación no se atreva de ningún modo a tocar el corazón humano, a menos que tal vez como una similitud disímil como el rocío en la lana, que atravesando por el rayo del sol el espejo así se dice que el Verbo del Padre entró en el tálamo del aula generativa. No en el fuego, no en la conmoción de la casa, sino en el soplo del espíritu tenue, y en él la casa tembló, como el pueblo en el desierto, que se aterra con los relámpagos y truenos, pero al final el sol en la vista de la luz se mostró para ser visto desde la Virgen, aunque con la nube piadosa de la carne interpuesta.

702 9 Alégrate, bienaventurada Virgen, cuyo gozo en esta vida es siempre inagotable por la contemplación de la luz, mientras amamantas en la tierra a aquel que alimentó a los ángeles en el cielo. Oh gozo de la madre que trasciende las alegrías de las madres, cuyo hijo resucita a los muertos y triunfa sobre la muerte, penetra los cielos. Estos dos nombres, Madre y Virgen, que en lo material son contradictorios, en ti, bienaventurada Virgen, se unen maravillosamente, y como una luz geminada infunden con razón una claridad perpetua tan saludable como admirable. Pues la piedad cristiana cree plenamente que te ha sido otorgada una cierta participación de la divinidad por tu Hijo, el Señor, que la Virgen madre pudo recibir o sostener. Así como Dios Padre no dijo a ninguno de los ángeles: "Tú eres mi Hijo" excepto al Unigénito (Salmo II, 7), así tampoco dijo a ninguna de las hijas de Eva: "Tú eres la Madre de mi Hijo", excepto a ti, beatísima Virgen. Si los querubines y serafines se inflaman tanto con el ardor de la caridad que quizás lo que entonces la criatura puede pasar al estado de la deidad, cuánto más tú, madre Virgen, estás unida a tu Hijo, y la multitud de ángeles adora tu carne deificada en el Hijo. Aunque la piedad cristiana es ayudada por la intercesión de todos los santos, sin embargo, la plenitud de la gracia para el género humano emana más abundantemente de tu intercesión, como un pozo de aguas vivas del Líbano celestial. Tu excelsitud nos persuade, o más bien nos obliga a creer que a menudo ayudas a tus devotos a través de los ángeles y los ministerios de los ángeles, y finalmente los conduces al reino de tu Hijo. Si un ángel es enviado a los ángeles, un cristiano devoto debe creer con confianza que la emperatriz de los ángeles tiene tanto más a los ángeles a su servicio, cuanto más diferentemente heredó ese nombre (Hebreos I, 14). Si los querubines y serafines, bebiendo inmerecidamente de esta fuente de vida, revelan ciertos secretos del consejo del palacio a los órdenes inferiores de los ángeles, de modo que el ímpetu del río alegra toda esa ciudad (Salmo LXXXVI); cuánto más tú, gloriosa theodotos [*θεοτόκος*?] de los misterios ocultos del Hijo en su abrazo, los derramas más abundantemente tanto a los ángeles como a los hombres.

¿Qué diremos de ti, oh ilustre madre entre las mujeres? Si te llamamos sol, eres más resplandeciente. Si rosa, eres más florida. Si canela y bálsamo aromatizante, superas en fragancia, porque creemos que los privilegios concedidos a ti son admirables no solo para los hombres, sino también para los ángeles. Si el rostro de Moisés se hizo resplandeciente por la compañía de la palabra del Señor (Éxodo XXXIV, 29); cuán gloriosa creemos que es la luz de tu rostro entre todos los santos, tú que eres una carne con el Hijo por una generación maravillosa, y un solo espíritu de caridad ardentísima. Si Josué, líder de Israel, al estar en

derramamiento de sangre, ordenó al sol detenerse en Gabaón, ¿cómo no van a correr todas las estrellas al mandato de la gloriosa emperatriz? Mira, pues, bienaventurada Virgen, a nosotros, los hijos de Eva desterrados en el exilio, en quienes aún condena las primicias de la calamidad, las cuotas de la muerte y los tributos del pecado. Aún el ay que Eva nos dio nos condena. Aún estamos en lucha. Aún la serpiente ataca a Eva, Eva al hombre. Aún la sensualidad combate la razón, aún la insistencia de la razón inquieta la parte inferior. Aún en la misma casa cinco se dividen en tres, y tres en dos, y los enemigos del hombre son sus propios domésticos (Miqueas VII, 6). Para que tengamos constancia en su conflicto, envíanos a ese ilustre príncipe de la corte celestial, tu paranymphe Gabriel, quien, como su nombre, así también en virtud, quiera enviarnos la fortaleza divina desde su bondad. Oh Madre de misericordia, si tú te apartas, no hay en toda la comunidad de los santos quien hable por nosotros, quien interceda por nosotros ante tu Hijo. Pero, con tu intercesión, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos, enviando sus voces, se postran ante el trono delante del Cordero (Apocalipsis IV), y toda la multitud de santos confiados asume la oración por nosotros. Moisés ora en presencia del Señor su Dios, y rogando por su pueblo pide que recuerde el juramento que hizo a Abraham, Isaac y Jacob, y el Señor se aplaca. Pero tú, dulcísima Virgen, ruega a tu Hijo que recuerde el pacto eterno que el Verbo firmó en la carne tomada de ti, que el Verbo selló en el derramamiento de sangre, que selló con un documento indisoluble en los sacramentos de nuestra redención. Por lo tanto, nosotros que nos refugiamos bajo tu protección, eleva la oración a nuestro juez, tu Hijo, para que tú, salvación, que comenzaste nuestra salvación progresando, la perfecciones intercediendo. Amén.